

LAS MEMORIAS DE PETER CRANICH

12/09/2004

Forzado por la entrada de la piqueta en mi casa estoy disfrutando estos días de la amabilidad de un buen amigo que me ha dejado una de las suyas. Está esta última llena de libros interesantes que me he apresurado a leer.

Los temas que me interesan son, evidentemente, los engaños que se hace la mente humana a si misma en lo que observa y reflexiona, sea ésto la naturaleza, la secuencia de acciones de los seres humanos o sus propios pensamientos.

Empiezo, por razón de inmediatez, no por uno de estos libros, sino por un par de artículos del "colorín" de El País del domingo 12 de Septiembre de 2004. El primero se refiere al "nuevo arte" de los "creadores" españoles. Es asombroso que un crítico, o incluso que una cierta cantidad de gente acepte y disfrute con lo que se exhibe como arte en ese artículo. Los críticos, historiadores y teóricos del arte no han sido capaces de dar una definición del mismo, pero sin ánimo de pretenciosidad yo asumo que arte es la capacidad del ser humano para sintetizar **una parte de lo que observa, en arquetipos, (tipos generales permanentes en el tiempo)** . Pero en lo que muestra El País, no se sintetiza en arquetipos, sino en tipos marginales que no permean en el tiempo, en modas basadas en acontecimientos puntuales. La gente puede comprar hoy esta moda, pero como todas las modas es pasajera, mientras que el arte es lo que queda tras el paso de la moda.

El segundo artículo es de un escritor sueco que califica el SIDA como un crimen de los países del norte sobre África. Ahora bien, aparte de su definición, ¿hay alguna realidad en el "crimen"? El SIDA es una enfermedad de transmisión sexual que no tiene cura y si prevención. La prevención es tan barata como lo que cuesta un condón. ¿por qué no quieren usar condón los africanos? Esta es una pregunta para ellos, con respecto a la cual Occidente no tiene responsabilidad alguna. De la misma manera, si los hutus quieren matar a los tutsi o a la inversa, si los árabes sudaneses quieren matar a los negros de por aquellas tierras, podemos señalar el horror, pero no podemos erigirnos en reguladores de **sus** luchas. Podemos animarlos a buscar la paz, pero no podemos **obligarlos** a ello, a salvo de actuar tan salvajemente como ellos. Son ellos los que deben decidir si quieren una vida civilizada o mantener un esquema tribal de robo y expolio de unos por otros.

De la misma manera, los países de América del Sur se separaron de las metrópolis hace ya casi 200 años, más de los que Italia es un estado independiente, o Noruega. Italia y Noruega optaron por una vida civilizada, ordenada, regulada. La gran mayoría de los países sudamericanos optaron y siguen optando por una vida de desorden, de caos, de luchas tribales.

En la opción libre de los distintos países, ¿qué tienen otros que decir?

He hojeado, y algunos leído, libros sobre la guerra civil y Franco. En algunos de ellos se expone la realidad, si es que realidad es una palabra significativa, dado que cada persona ve distintos aspectos del cubo que es la realidad. Pero en otros se habla de mitos, mitos muy antiguos. En uno de ellos, de un francés,, se analiza la situación española antes de la guerra. Se mantiene el mito de que la gran riqueza que llegaba de América se empleó en financiar guerras en Flandes e Italia. ¡Qué duda cabe de que la guerra exigió mucho gasto! Los banqueros que hacían los préstamos eran de origen genovés establecidos en España, y Génova era, de cualquier manera, parte de España

en aquella época. Si el dinero se fué a manos de los banqueros, ¿donde invirtieron éstos el dinero recibido?

El mito surge de un tremendo error que se propaga desde hace muchísimo tiempo, y es pensar que el dinero desaparece. Basta con aceptar que el dinero no es más que una medida de la energía para ver que el dinero, como la energía, ni se crea ni se destruye, solo se transforma.

¿Invirtieron los banqueros el dinero en Francia, en Inglaterra? ¿O lo invirtieron en España y su imperio? Parece esto último lo más probable, y de hecho parece razonable suponer que una buena parte del dinero que llegó de America se invirtió en bienes raíces, retirándose del comercio y la industria (textil y metalúrgica) (salvo la minería de mercurio y la construcción naval).

Insiste este "historiador", que no va al fondo de las cuestiones sino que se queda en la superficie, que España era "pobre" en el siglo XIX por motivos psicológicos, porque los "hidalgos" no querían hacer producir sus posesiones. Parece extraño que la gente no quiera tener cada vez más. Quizá el problema no estribe solo en los vicios españoles, sino también en la destrucción sistemática que realizó el ejército francés del territorio español durante 5 años de ocupación, y en el apoyo que dieron los ingleses para que las colonias americanas se independizasen de España.

Visto que España se quedó sin colonias en la época de la industrialización, mientras que Inglaterra podía, tranquilamente, embarcarse en un desarrollo industrial basado en los textiles y en los barcos porque disponía de un imperio, es decir, de una población cautiva a la que vender sus productos, y visto que la industrialización española era muy difícil sin vías de comunicación para el transporte del carbón, y con montañas que casi impedían el desarrollo del ferrocarril, es difícil achacar la "pobreza" española a la "psicología" del hidalgo.

Las masas obreras de las ciudades fueron las que iniciaron los movimientos anarquistas y la UGT, con apoyos en algunos pueblos de Andalucía.

Las pequeñas masas obreras españolas de finales del siglo XIX no eran mas "pobres" que las masas obreras inglesas o alemanas. Los movimientos de masas lo que pretenden es la conquista del poder por sus dirigentes basándose en promesas redentistas de tipo profético. Esto es exactamente lo mismo que pretende cualquier otro movimiento que quiere el poder: Es la traslación hacia el mundo moderno, hacia una especie animal con lenguaje, de la tendencia puramente animal del papión de llegar a ser el jefe de la tribu.

Hay otra forma de prosperar y es la cooperación y el trabajo dentro de un esquema abierto. Aunque la única eficaz, es la que menos llama la atención de los movimientos redentistas, porque exige que no haya jefes de tribu que recojan el tributo de su rebelión.

Pocos o ningún libro de los leídos por mi, (y estadísticamente supongo que por tanto ninguno de los escritos) insiste en la estupidez y animalidad de ricos y pobres de los años 10 y 20 en España y en el resto de Europa (y hoy, por ejemplo, en los países árabes). En unos "ricos" que no veían que podían ser más ricos dando dinero a los "pobres" para que les comprasen sus productos, en unos "pobres" que no veían que podían ser más ricos cooperando con los "ricos" aumentando la productividad.

Siempre existe la tentación, en pobres y en ricos, de seguir el instinto animal y robar de un zarpazo la comida al vecino. Pero aunque eso satisface el ansia de llegar a ser

el rey del montículo, eso no produce más que un reinado efímero, y nunca aumenta la riqueza de la tribu, ni, por tanto, la del cabecilla.

Lo único que aumenta esa riqueza, de tribu y cabecilla, de ahora y de mañana, es la cooperación de unas tribus con otras y de los elementos de cada tribu entre sí, para conseguir la única riqueza real, el aumento de la disponibilidad de energía para todos.

Otro de los libros es "La agonía del cristianismo", de Unamuno. Forma parte de ese miedo a la muerte y esa ilusión de vida eterna que parece ser una constante del ser humano desde que tenemos registro de nuestra forma de pensar.

Si se quiere creer en una vida de ultratumba, se puede creer en ella sin más. Pero desde temprano se mezcló un concepto irreal de "justicia" con esa esperanza. Los pastores semisedentarios del valle del Jordán decidieron, tras una derrota considerable a manos de los persas, que la vida individual podía continuar tras la muerte, pero que los persas sufrirían en esa vida tras la vida, mientras que algunos de esos pastores - cultivadores disfrutaría de un paraíso.

El mensaje del paraíso llama la atención, sobre todo de aquellos menos dispuestos a trabajar en la vida real. (Cuando escribo "trabajar" escribo bien. Trabajar no es salir al campo y labrar la tierra, acabar y echarse a dormir. Trabajar es salir al campo, labrar la tierra y cuando se acaba, ponerse a estudiar, a reflexionar a ver cómo se puede mejorar el rendimiento, cómo se puede convencer a los demás para una cooperación, etc. Trabajar es trabajar en añadido al trabajo mínimo).

Ahora, el mensaje del paraíso llama a aquellos que lo quieren obtener sin más que rezar unas veces al día, o lo que es mínimo del todo, sin más que "tener fé".

Hoy, como ayer, se rechaza el trabajo real, se exige bienestar por el mero hecho de existir, de haber nacido. Puesto que eso no es posible, se reclama la magia, la magia del "estado" (un buen ejemplo son los astilleros: Se reclama hacer unos barcos con salarios muy superiores a los de los chinos, por ejemplo), o la magia del "iluminado".

La magia se reclamó siempre. Siempre se ha buscado vivir sin esfuerzo. Pero hoy la demanda es generalizada, pues hasta el más vago, el más tonto, puede subir al púlpito a predicar **su** ilusión.